

de amor, y derramaba yo un torrente de lágrimas. ¡Cuántas veces me llegué á sus piés con mi alma acongojada y en un malestar inexplicable! Pero apenas le descubria yo las tentaciones que me acongojaban, cuando luego renacia en mi espíritu la calma y la serenidad. Desde que está en el cielo, siempre que imploro su favor siento su presencia de una manera que no puedo explicar. Si digo misa con los ornamentos que usaba, lo que hago algunas veces, experimento una devoción que me derrite en lágrimas.” Hay otros muchos testimonios sobre el particular que se hicieron bajo de juramento despues de la muerte del santo; pero bastan ya los citados.

---

#### CAPITULO XIV.

Sus lágrimas y su espíritu de Oracion.

---

**S**IN embargo, de que al presente estamos tratando de las virtudes del bienaventurado Felipe, y que he de hablar de sus dones mas adelante; como el de lágrimas es uno de los frutos mas recomendables de la devo-

cion, no puedo dispensarme de decir de él alguna cosa, pues segun el sagrado Evangelio, por los frutos conoceremos el árbol. Seria difícil encontrar un corazon tan tiernamente caritativo como el de este santo hombre. Bastaba para hacerlo llorar, referirle una desgracia pública ó particular; pero todavía mucho mas si se trataba de la muerte de una alma. Entónces se le oía esclamar como otro Jeremías: “¡Quién diera agua á mi cabeza y á mis ojos una fuente de lágrimas, para llorar noche y dia las desgracias de la hija de mi pueblo!” En la informacion que se hizo despues de su muerte, declaró como testigo el cardenal Federico Borromeo, que le habia visto mas de una vez, llorar por los pecadores, con los gritos y sollozos de un niño, á quien corrige su padre.

Confesándose con él un dia un hombre de distincion, ocultó por vergüenza sus mas graves pecados. Ignoraba, sin duda, que el santo tenia el don de profecía. Mas ¿cuál fué su sorpresa al oírle declarar todas sus torpezas? Tuvo á lo ménos la suficiente cordura para confesar su criminal vergüenza; y entónces el confesor queriendo preservarlo de un orgullo tan peligroso, le pintó vivamente las funestas consecuencias de un sacrilegio; y cuando ya le vió contrito, llevado de una tierna compasion, derramó una abundancia de lágrimas, que fué bastante para acabar de penetrar el corazon de este hombre arrepentido. Despues de haber llorado largo rato uno y otro, le

mandó Felipe que hiciese una confesion general: consintió en hacerla el penitente, y se aplazó dia para ella. Al despedirse se abrazaron mutuamente, y el santo, cuyo corazon se hallaba sumamente enternecido, se puso en oracion para poder llorar á solas quanto habia menester para desahogarse. Volvió el penitente el dia señalado, y el confesor le dijo al verle: “¡Cuánto me agrada hoy la serenidad de vuestro rostro! Confíad hermano mio; venís con muy felices disposiciones.” Despues de la confesion, le rogó el penitente le obtuviese del Señor, una muy profunda contricion. Dios escuchó esta súplica; pues el corazon de aquel hombre, parecia hacerse pedazos, hasta el estremo de llegarse á temer que espirase.

Si el bienaventurado padre hablaba de las cosas divinas, tenia que callar, ó que mudar de conversacion; porque la afluencia de sus lágrimas le impedía el uso del discurso. De aquí es que acostumbraba mezclar en sus piadosas conversaciones y aun en sus discursos públicos, algunas citas de autores paganos. Esta mezcla estravagante, no se acomodaba á su gusto ni á su piedad, y solo la empleaba para templar algun tanto el abrasado ardor de su alma, á fin de poder concluir su discurso. Un señor de Patrici, mas distinguido aún por su virtud que por su nacimiento, le convidó un dia á ir á comer con él á sus jardines. Nada era ménos conforme á las costumbres del santo, que no comia otra cosa que un pedazo de

pan; pero estimaba demasido á este noble personaje, y sabia condescender con los deseos de sus amigos. Aceptó, pues, el convite, advirtiendo que llevaria consigo á cuatro de sus discípulos. Fueron estos Marcelo Vitelleschi, César Baronio, Francisco Bordini y Tomas Bozzio. Luego que se acabó la comida, dijo el padre á Patricio: “Nosotros acostumbramos en el Oratorio, mezclar con la comida algun piadoso discurso, para alimentar á un mismo tiempo, el alma y el cuerpo. Permittednos, Señor, que sigamos nuestra costumbre.” Patricio respondió, que esto le seria agradable, y Felipe hizo señal á Bozzio para que tomase la palabra. Este obedeció, y contó no se qué pasaje edificante. Luego que acabó su narracion, añadió Felipe algunas reflexiones; pero muy pronto sus lágrimas le cortaron la palabra y le impidieron pasar adelante.

Nunca jamás leía las vidas de los santos, sin experimentar igual enternecimiento. Entró un dia un obispo á su cuarto, cuando él estaba ocupado de esta lectura, y encontrándole bañado en llanto, le preguntó cuál era la causa de su pena. No queriendo Felipe confesar que su devocion provocaba sus lágrimas, supo salir del compromiso diciendo al prelado: “¡Ah Monseñor! he perdido á mi padre y á mi madre; juzgad si tengo razon para llorar.” En otra circunstancia parecida á la presente respondió: “¿Cómo no he de llorar al ver que este santo cuya vida estoy leyendo, dejó el

mundo y todo cuanto poseía, á fin de no vivir sino para Dios solo, al paso que yo no soy mas que un pobre secular á quien ningun voto separa de las cosas de la tierra?”

Pero nada le movia tan sensiblemente como la pasion del divino Salvador. No podia meditar, leer ni aun hablar de ella, sin experimentar la mas tierna y penetrante compasion. Se cubria su rostro de una palidez mortal; sudaba, lloraba y sollozaba interminablemente.

Cuando, en la semana Santa, tenia que leer la Pasion en el altar, hacia cuanto estaba de su parte, por pensar en otra cosa de lo que leía; pero por mas que hacia no podia evitar que se apoderaran de él las lágrimas y sollozos. En sus predicaciones, su amor le traía incesantemente hácia Jesucristo; y su dolorosa Pasion se presentaba al instante á su memoria; entónces se enternecia su corazon, y sus lágrimas y sollozos le impedian continuar. Por esta razon renunció al púlpito muchos años antes de su muerte; y él mismo lo manifestó así varias veces. Pero si alguno le preguntaba porque no predicaba ya, se escusaba con su impotencia. No faltó quien opusiese á esta respuesta, lo bien que lo hacia en otro tiempo; pero él contestó: “Cuando el Oratorio aun no tenia hombres capaces de desempeñar este ministerio, era preciso ciertamente que nuestro Señor me diese la gracia de poder hablar; pero ¿puedo hoy contar con este favor, cuando ya tenemos predicadores en abundancia?”

El cardenal Ferrerio del título de los santos Vito y Modesto, convidó á Felipe y á los suyos á que fuesen á su iglesia á hacer la fiesta de estos ilustres mártires. Concluida la ceremonia, los llevó consigo á comer al convento de Santa Praxedis. Al levantarse la mesa, conociendo bien las costumbres del Oratorio, dijo al santo padre: “Vamos, padre mio, proponednos alguna cosa espiritual, para que nos alegremos en el Señor.” Obedeció Felipe, y lo que propuso dió lugar á una conferencia tan alegre como edificante. Quiso despues volver á hablar sobre el mismo asunto para desenvolver su sentido; pero llevado de su instinto á hablar del amor del Salvador, luego se enterneció su corazon, y comenzaron á correr sus lágrimas, las que por mas que hizo, no pudo contener; hasta que por último, tuvo el cardenal que mudar de conversacion.

Encontrándose una vez en un estado enfermiso, á causa de lo agotado de sus fuerzas, le presentaron una taza de caldo de pollo, la que tomó en sus manos; mas antes de llevarla á la boca, se estremeció, y arrojando profundos gemidos, dijo con una voz dolorida. “¡Oh mi Jesus! ¡qué diferencia entre vos y yo! vos clavado en un duro leño, y yo reclinado en un blando lecho; á vos os ofrecieron á beber hiel y vinagre, y á mí me dan regalos y dulzuras; vos estabais rodeado de enemigos que os insultaban y escarnecian, y yo me veo circundado de amigos que me halagan y consuelan.”

Y se puso á llorar de tal suerte, que no le fué posible ya tomar aquel alimento, del cual tenia gran necesidad.

El canto del oficio divino y de los salmos le enternecia tambien hasta el extremo de empapar sus vestidos con sus lágrimas. Finalmente, en sus últimos años, llegaron éstas á ser perpétuas para decirlo de una vez; y sin embargo, cosa maravillosa, su vista nunca llegó á debilitarse; á la edad de ochenta años, veía lo mismo que en su mocedad. Su humildad tuvo mucho que mortificarse por este don tan precioso y tan raro; y aunque es cierto que nuestro santo se juzgaba dichoso en tenerlo; no obstante hubiera querido de buena gana ocultarlo á los ojos de los hombres. Por lo demas el sabia muy bien disimularlo con sus santas industrias. Este don de lágrimas, decia algunas veces, no siempre es una señal del divino amor, y por consiguiente no prueba de ninguna manera que los que le tienen sean santos. Hay naturalezas lloronas, y se suelen encontrar mugeres perdidas que se deshacen en llanto cuando oyen hablar de Dios. Creía de esta suerte hacerse pasar por un hombre vulgar; mas no hacia otra cosa que añadir el mérito de la humildad al honor que le resultaba por esta gracia que el Cielo le habia dispensado.

Si no fuera tan conocida la vida de nuestro santo, bastaria para apreciar su espíritu de oracion, estudiar las reglas que dió á su congregacion; ob-

servar la tendencia de los ejercicios que en ella mandó practicar; y acordarse del nombre de Oratorio que le dió. Echase de ver en todo esto, que el quiso formar una sociedad de hombres apostólicos, entregados á la oracion y contemplacion. Solo un hombre interior, un hombre de muy alta oracion, era capaz de concebir una institucion como esta. Por lo demas estamos reducidos sobre este particular á simples conjeturas, atestiguando muchos hechos su eminente espíritu de oracion. Desde su mas tierna infancia se dedicó á este santo ejercicio, y el Señor le ayudó tan poderosamente, que pudo cumplir á la letra aquel consejo evangélico: “Conviene siempre orar, y orar sin intermision.” A toda hora y en todo lugar se le encontraba ocupado en la contemplacion de las cosas celestiales, y acontecia que muchas veces se elevaba su espíritu con mucha mas facilidad hácia los bienes eternos que el de los miserables mundanos, va en pos de las cosas de la tierra.

Esto era para él como una necesidad imperiosa de que no podia sustraerse; y aunque se prestaba graciosamente á las demas buenas obras; no obstante, guiado de su ardiente caridad, se dedicaba del todo á la oracion. Por lo mismo, aunque su habitacion no se desocupase desde que amanecía hasta que anohecía, á causa de los muchos negocios que se le encomendaban, su recogimiento interior no padecia alteracion alguna: muchas veces se le veía juntar las manos devota-

mente, ó elevar sus ojos hácia el cielo, escapándosele ardorosos suspiros de lo íntimo de su pecho, y teniendo mucho trabajo en ocultar á los que le rodeaban los afectos de su corazón. Cuando andaba en la calle, iba tan fuera de sentidos, que tenia necesidad de un compañero para que le advirtiese cuando tenia que saludar á alguna persona que mereciese esta atención. Despues de comer, se veían sus discípulos obligados á inventar mil industrias, temerosos de que su aplicacion espiritual no dañase á su salud. El mismo rogó á uno de ellos, le prestase continuamente este servicio, y como que la cosa no era tan fácil, él mismo le indicó el secreto de lograrla: “Cuando querais, le dijo, que no contemple las cosas celestiales, leedme algun libro que no hable de mis amores: el disgusto que me causará esa lectura, me hará volver en mí.” La fuerza de la inclinacion que tenia á las cosas celestiales, le hacia decir, como si hablase de otro: “Cuando llega un hombre á abrasarse con el divino amor, sufre su corazón tal violencia, que se vé obligado á decir á Dios: Permitid, Señor, que descanse un poco; porque mi naturaleza no puede mas.”

Nunca emprendia cosa alguna, por insignificante que fuera, sin consultar antes al Espíritu Santo, é implorar su socorro; pero una vez hecho esto, estaba seguro de que saldria bien en su empresa. “Estoy cierto, decia, de conseguir de Dios lo que le pida.” Llegó su confianza alguna vez hasta de-

cir: “Quiero que suceda tal cosa,” y ella salia en efecto segun sus deseos. Sin embargo de que era continua su union con Dios, no dejaba por eso de tener algunas horas destinadas á la oracion. Cuando el tiempo era favorable, á no ser que la caridad lo impidiese, no dejaba por mañana y tarde de subir á la azotea de la casa, para gozar de la vista del cielo, y con este hermoso espectáculo, contemplaren la grandeza de Dios durante muchas horas. Si el portero venia á esta sazón á avisarle que alguno le buscaba, bajaba al momento, y volvía despues á continuar su ejercicio con sumo sosiego y tranquilidad. “No se deja la oracion, decia á este propósito, cuando se deja á Dios por Dios; lo sé por experiencia, y puedo decir que las obras de caridad, que se ofrecen en estas ocasiones, léjos de distraerme aumentan mi fervor y me hacen mas fácil la contemplacion.” En el invierno meditaba dos ó tres horas por la noche á los piés de su crucifijo.

Rezaba su oficio divino con una devocion angelica, mas siempre le acompañaba uno de los sacerdotes de la casa; porque si le rezaba solo, luego al momento se inflamaba su corazón y se extasiaba. Por esta consideracion le dispensó de rezarlo el papa Gregorio XIV; mas nunca hizo uso de esta dispensa, y cuando por sus enfermedades se lo prohibian, queria que á lo ménos lo rezase en su presencia algun otro para si quiera oirlo. Por consiguiente, venian algunos

padres á salmodiar cerca de su cama, y ¡cosa admirable! aunque estuviese extasiado, notaba la menor falta, y al momento la corregia.

Daba tambien diariamente cierto tiempo á la lectura de la sagrada Escritura, ó del libro de la Imitacion de Cristo, ó de las vidas de los santos; pero leía de una manera que merece no pasarse en silencio. Cuando encontraba algun pasaje que excitaba su fervor, le leía detenida y atentamente, y se esforzaba en sacar de él cuanto jugo podia para que le sirviera de materia en su meditacion. Así es como debe leer quien desee aprovecharse de lo que lee.

Cuando el deber le obligaba á dejar la contemplacion por las obras exteriores, su amor echaba mano, para recompensar aquellas, de oraciones jaculatorias. Seguia en esto el ejemplo de Casiano y lo inculcaba empeñosamente á sus hijos espirituales. Para hacerlo mas fácil, escribió una coleccion de piadosas fórmulas que no me parece inútil reproducir aquí.

“¡Dios mio! cread en mí un corazon puro y renovad en mis entrañas un espíritu recto.

“Ayudadme ¡oh Dios mio! y no tardeis, Señor, en socorrerme.

“Enseñadme á cumplir vuestra santa voluntad.

“Señor, no me ocultéis vuestro rostro.

“Señor padezco violencia, responded por mí.

“Yo soy el camino, la verdad y la vida. Hágase vuestra voluntad así en la tierra como en el cielo.

“¡Oh Dios todo amable! ¿cuándo os amaré con un amor verdaderamente filial?

“Dios trino y uno, apiadaos de mí.

“Encendedme en el fuego de vuestro amor. Maria, Madre de gracia, Madre de misericordia, protejednos durante la vida, y recibidnos en la hora de la muerte.

“No os he conocido hasta aquí ¡oh buen Jesus! porque no os he buscado.

“Si no me ayudais, ¡oh mi Jesus! ¿qué cosa buena podré yo hacer?

“Enseñadme lo que he de practicar para cumplir con vuestra santa voluntad.

“Concededme ¡oh mi Jesus! concededme el que os sirva por amor, y no por temor.

“¡Oh mi Jesus! yo querria comenzar á amaros.

“Desconfio de mí, y confio en vos ¡oh Dios mio!

“Si no me ayudais, nada bueno puedo hacer ¡oh mi Jesus!

“Mi único deseo es cumplir siempre en todo vuestra santa voluntad.

“Yo no os amaré jamás ¡oh mi Jesus! si vos no me concedéis esta gracia.

“Yo deseo amaros ¡oh Dios de mi alma! pero no sé como os he de amar.

“¡Oh mi Jesus! yo os busco y no os encuentro.

“¡Ah si llegase al fin á conocerme á mí, y á conoceros á vos Jesus mio!

“Aun cuando haga cuanto esté de mi parte, ¿hago otra cosa mas de lo que debo? 10

“Yo cairé sin remedio, ¡oh mi Jesús! si vos no me sosteneis con vuestra mano poderosa.

“Si quereis que vaya á vos, ¡oh Dios mio! apartad de mi camino todo lo que pueda detenerme.

“Virgen Maria, reina y señora mia, acordaos constantemente de mí.”

Aconsejaba repetir en forma de rosario algunas de estas jaculatorias, y principalmente ésta:

“Ayudadme ¡oh Dios mio!—Señor no tardeis en socorrerme.”

Creería yo defraudar á mis lectores, si no refiriere en este lugar, ó en otro, los preceptos de este hombre de oracion, relativos á este santo ejercicio. Quiero por lo tanto aprovechar la ocasion, para relatar algunos de los principales. Decía, pues, que para encontrar la verdadera puerta de la oracion, era indispensable reconocerse indigno de tan alta gracia. Añadía que la mejor preparacion para esta importante práctica, es el uso de la mortificacion. “Querer tener oracion, decía, sin mortificarse, es querer volar sin tener alas.” Por consiguiente, esta era la respuesta que daba á los que le pedian reglas para aprender este arte importante. “Sed humildes y obedientes, y el Espíritu Santo os enseñará lo demas.” Aconsejaba á sus discípulos que escogiesen los puntos de su meditacion, segun la inclinacion que nuestro Señor le diere, y que en la oracion siguiesen los movimientos de la gracia, dejando sus propias ideas por abandonarse á la direccion del Espíritu

Santo. “No conviene, decía, abreviar la oracion, porque padezca uno en ella sequedad, ó porque Dios nos dilate sus favores; prosigamos nuestra tarea con humilde paciencia, porque la longanimidad puede mucho en el corazon de Dios. Si orando fervorosamente sentís grande paz, acompañada de una dulce confianza de obtener lo que pedís, sabed que esta es una señal cierta de la eficacia de vuestras súplicas. Un hombre, añadía, que examina por la via espiritual, hace mal en contentarse con un estado de perfeccion á medias; debe procurar arribar lo mas alto que le sea posible. Si no consigue llegar hasta donde se propone, alcanzará por lo ménos la perfeccion de sus deseos.”

Recomendaba á los que se ejercitaban en la meditacion, no fijasen por mucho tiempo sus ojos sobre el crucifijo, ó alguna otra sagrada imágen; porque esta manera de meditar, si se prolonga mucho, lastima la cabeza y puede dar ocasion á ilusiones del demonio. He aquí su modo de pensar respecto del estado en que suele encontrarse una alma amodorrada á causa del enfado ó disgusto que ha experimentado en la oracion: “Conviene, decía, que se considere esta alma como un pobre mendigo que va á llamar á las puertas de Dios, de la Santísima Virgen y de los santos, para pedir una limosna. Ordinariamente se hace esto en espíritu; mas seria bueno hacerlo de cuando en cuando corporalmente, visitando sus iglesias,

ú orando ante sus imágenes.” Quería que los principiantes meditasen de continuo en las verdades eternas, que aterrorizan é inspiran horror al pecado; porque, decía, que ante todo debían purificar su alma. Para dar á sus discípulos una alta idea de la oracion, acostumbraba decirles, que el hombre que no conoce este santo egercicio, es un animal sin razon; y estaba tan persuadido de esta verdad, que una vez que el médico le prohibió este santo egercicio, á causa de su enfermedad, dijo á Gallonio: “¡Ah querido Antonio! héme aquí con toda verdad hecho una bés-tia.” Afirmaba que no hay en el mundo cosa que mas disguste al demonio, que la oracion, y que esta es la causa porque no omite diligencia alguna, á fin de estorbarla; y por lo tanto quería precisamente que ninguno de sus padres la dejase; por lo que agradao Dios nuestro Señor, le concedió la gracia de que supiese diariamente por revelacion, si algunos faltaban á ella, y de la manera que cada cual se aprovechaba de este santo egercicio.



=====  
**CAPITULO XV.**

Caridad de Felipe para con el prógimo.

—————

**E**L tierno amor que nuestro santo tenía á Dios, no podía dejar tambien de estenderse en favor de sus hermanos. De aquí aquel celo por la salvacion de las almas, que lo consumia; y aquel carácter lleno de dulzura, á que no era posible resistir. Ninguno supo mejor que él tratar con los hombres, y poner en juego medios mas eficaces para insinuarse en sus corazones. Echaba mano de unos para los jóvenes, y de otros para los ancianos. De un modo trataba á los ricos y de otro á los pobres. Sabia aprovecharse admirablemente de la variedad de génios y caracteres, y hablaba á cada uno de la manera que mas le convenia; de suerte, que podía decir con el Apóstol: “Me hago todo para todos, para ganarlos á todos para Jesucristo.”